

espiritual, sino luego, al momento, así como si se deja el antídoto sin aplicarle á la enfermedad corporal, ya será inútil.

Se observa en las playas de Bretaña un fenómeno horripilante. Si alguna persona las recorre después que baja la marea, á poco andar siente gran dificultad al dar un paso, pareciéndole que el piso sobre que se mueve ó es de pez, ó pegajoso. Anda entonces con lentitud, pero sin inquietarse; le parece que sus piés han aumentado de peso, y sus piernas flaquean; avanza, sin sospechar algún peligro; pero derrepente se entierra en la arena de la playa por la que camina, hasta dos ó tres pulgadas; á poco el miedo se apodera de él, sin saber por qué; quizá la senda por la que camina es peligrosa; tal vez está sobre un pantano, ó á la embocadura de un arroyuelo cuyo curso en la marea baja se infiltra y se pierde en la arena sobre que anda; vee hácia todas partes, nada le explica este fenómeno; se habrá extraviado, por lo que quiere volver atrás, y entonces advierte que la arena se mueve mas y mas á cada paso que avanza; quiere ver sus piés, y sus piés han desaparecido, la arena los cubre; á cada paso, mas se entierra; ya la arena le cubre hasta el tobillo; se quiere mover á derecha y á izquierda y mas se entierra; ya está metido en ella hasta la pantorrilla; entonces comprende que se halla en un pantano senagoso y movable; se aligera de lo que lleva, como lo hace la nave azotada por la tempestad; ya no es tiempo; la arena le llega á la cintura; llama, grita, agita su sombrero, su pañuelo, nadie lo ve; su cuerpo sigue introduciéndose en la arena; y si no hay por allí algún atrevido pescador que lo socorra, su desaparición no tardará; pero ningún ser humano aparece, y el desgraciado se ve condenado á desaparecer, esperando por momentos que llegue la hora de ser tragado y sepultado en aquella playa, sin estar en su mano ni prolongar, ni abreviar su martirio, dejándole nomás el tiempo para contemplar su horrible situación

y prolongándole su espantosa agonía.

Hay hundimientos mas espantosos cuyas consecuencias son mas funestas. Cuantas almas llegan á ser víctimas de estos! La playa peligrosa por donde han querido andar, se llama afecto culpable, lectura frívola, romancesca, compañía mundana ó ligera, sensualidad, ó curiosidad; como el que se hundió en la playa, siente dificultad al andar por el sendero de la virtud; ya no tiene gusto por la oración; los ejercicios devotos le parecen fastidiosos; siente una vaga inquietud; no sé que clase de duda se apodera de él, pareciéndole que sigue una senda peligrosa; pero persuadido de que nada tiene que temer porque el afecto que tiene es puro y honesto, la compañía, si bien alegre, pero no libertina, que la lectura, si bien es libre, pero que puede dejarse lo que sea peligroso; con tales razones, no se contiene, sigue adelante; viene la tentación, se toman apenas medias medidas, avanza, percibe el abismo, entonces quiere volver atrás, ya no es tiempo.

Si, es ya tarde, por que el corazón está ya ligado con las pesadas cadenas de la pasión irresistible que lo tiene avasallado. Hará esfuerzos para librarse inútilmente; pero mientras mas se mueva, mas arrastrado es á la pasión, porque un abismo llama á otro abismo, dice la Sagrada Escritura, y ese abismo de la pasión no soltará su presa, si no es que una gracia extraordinaria venga á arrancar esa víctima del naufragio en que se encuentra.

Cuantas víctimas se cuentan en el mundo, cuya historia es la del que queda hundido en las playas de la Bretaña! Cuantas podran evitarla si despues de la caída tratan de levantarse cuanto antes. De qué remordimientos y lágrimas se verán libres si andando por la playa del mundo, tan cercado de undimientos, atienden á la voz de la conciencia que les advierte el peligro.

No olvidemos pues, que no levantarse en el momento que se cayó en el pecado, es quedar absorbido en el a-

bismo. Que esta comparación tan espantosa de un hombre sepultado vivo en la arena de una playa movediza, se grave en nuestra alma, de tal modo, que cuando háyamos tenido la desgracia de caer, el pensamiento de lo que nos sucederá, nos impela á volver sobre nuestros pasos; y si por desgracia estamos como el que se estaba hundiendo, no desesperemos como aquel, porque la desesperación es un crimen mas grande que el mayor pecado que háyamos cometido. Milagro, si, milagro será necesario para librarnos del hundimiento; pero pidámoselo á Dios, y Dios nos lo atorgará, como lo hizo con el hijo pródigo, si nuestra petición proviene del arrepentimiento, de la fé, y del amor de Dios.

CLEROFOBIA.

Hé aquí una enfermedad moral que tiene muchos de los caracteres de una dolencia física. La clerofobia, como la hidrofobia, constituye una idiosincracia, cuyos fenómenos son completamente semejantes.

No es muy comun entre nosotros, pero no dejan de presentarse algunos casos, por lo cual nos proponemos analizar las causas generadoras de esta morbosidad del espíritu.

La clerofobia es el tercer período del libre pensamiento: la impiedad es el segundo.

No todos los libre-pensadores son clerófobos, pero muchos terminan por serlo.

El hombre sugestionado por las teorías del libre-pensamiento, comienza por negar las grandes verdades religiosas, sobre todo aquellas que contrarian directamente las malas pasiones: á medida que éstas van predominando en su alma, avanza en el campo de las negaciones; y una vez que las tinieblas del escepticismo han cubierto todo su espíritu, el libre-pensador se hace impío: es decir, pasa de la incredulidad pasiva á la de combatirte, armado de toda creencia, de todo culto que implique la responsabilidad de ultra-

tumba; y así, primero se hace deísta, creyendo escusarse con esta fórmula contra la sanción penal que le amenaza; pero no juzgándose todavía seguro, se proclama materialista, ateo. . . . y se forja la triste ilusión de que negando la inmortalidad del alma y la existencia de Dios, se pone á salvo de las tremendas responsabilidades que puedan pesarsobre su conciencia.

Pero sobre todo, el Catolicismo es siempre el objeto de sus mas fieros ataques, por ser nuestra Santa Religión la que más franca y enérgicamente condena todas sus miserias y todos sus extravíos; y por esto vemos que los impíos jamás combaten las falsas religiones, por bárbaras que sean, y muestran hasta deferencia por las sectas anticatólicas, pues en su odio á la Santa Iglesia hacen causa comun con todo lo que le sea contrario, aunque en el fondo no participen de las teorías de que aparecen por el momento partidarios.

Cuando el impío, arrastrado por el peso de sus extravíos, ha descendido hasta hacerse incompatible con toda idea religiosa, con toda noción de moral, entra en el período de la clerofobia, que es el estado psicológico que nos proponemos estudiar á la ligera en este artículo.

El clerófobo, poseído de un odio encarnizado contra Dios, es la personificación de Luzbel en su caída del Paraíso. Impotente para desterrar á Aquel de su conciencia y no pudiendo jamás sustraerse á Su idea, estalla en horrosas blasfemias, escupe al Cielo, como Juliano, y enfurecido se lanza contra toda obra, contra toda manifestación que se refiera á la Divinidad y al culto que le es debido.

La Iglesia, el Clero, las instituciones religiosas, las obras de piedad, son el objeto constante de las mas inauditas diatribas y de las mas horribles calumnias; y en la guerra que les hacen, no reparan en medios, por viles que sean, y emplean toda clase de armas, hasta las mas vedadas, por innobles.

El sacerdote católico es para el clerófobo un ser detestable á quien no concede ninguna virtud y á quien atribuye toda clase de crímenes, hasta los más increí-

bles y horrorosos. El cleróforo puede decirse que casi no tiene otra idea predominante que la de calumniar al Clero. En cualquier momento en que os encontréis con uno de ellos, será siempre tema obligado de su disertación los supuestos vicios del clero y la necesidad de acabar con él. Mientras más virtuoso sea el sacerdote, mayores son los delitos que el cleróforo le imputa. Y en el empeño de dañarlo, improvisará las más sucias historietas, en las cuales no temerá mezclar nombres de familias respetables, y forjará las más atroces mentiras, para acabar con su honra y hacerle odioso al pueblo.

A caza de cuanto pueda perjudicar al sacerdocio, el cleróforo acoje con avidez todas las vulgaridades que contra él propalen siempre los impíos, aumentando las y pregonarlas por todas partes, con una satisfacción verdaderamente satánica, en especial si alguna debilidad personal le da pretexto para denigrar y destruir; y entonces pasa sin lógica, del individuo al gremio, de las personas á las doctrinas y de las cosas humanas á las divinas.

La Presencia de un eclesiástico causa en el cleróforo espasmos que turban su cerebro y pasa por crisis nerviosas como las que sufren los hidróforos. A semejanza de los *poséidos* de que nos habla el Evangelio, no pueden tolerar nada que directa ó indirectamente les recuerde á Dios y á su Santa Religión: el hábito de una mujer piadosa, una Cruz, el sonido de la campana, el olor del incienso, producen en el cleróforo fenómenos indescriptibles.

Y si así odian al clero en general, al tratarse de las Ordenes é instituciones religiosas en particular, suben de punto sus furiosos y se desatan en denuetos, imprecaciones y hasta obscenidades de toda especie.

Qué más, ¡las Hermanas de la Caridad! esas santas mujeres que igualmente renuncian patria, familia y todos los placeres del mundo para consagrarse al alivio de la humanidad desgraciada y que,

con solicitud y ternura inconcebibles, calman los dolores y llevan consuelo al abatido espíritu del pobre enfermo que yace en el hospital: esos ángeles de amor, cuyo magnífico ministerio es aplaudido en todas partes con los mayores encomios, y ante cuya sublime abnegación se descubre hoy con respeto el mundo civilizado pues bien, ese heroísmo, esas grandes virtudes capaces de inspirar los más nobles y levantados sentimientos, producen en el corazón del cleróforo tempestades de odio, como las que deben sentir los condenados ante las manifestaciones del bien sobre la tierra.

Y las monjas, las pobres monjas que viven hoy en la miseria, aisladas, tristes, enfermas, sin que les sea lícito juntarse para compartir sus amarguras y remediar sus necesidades, son también víctimas de la saña de los cleróforos.

Por eso las detestan, las maldicen, las calumnian; y cuando todo el mundo las compadece, el cleróforo las espía constantemente, buscando la oportunidad de molestarlas, y ni el natural respeto que para todo hombre de honor merece siempre una señora, le detiene en su nefando empeño.

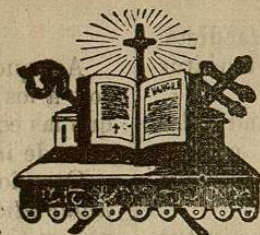
Espíritus refractorios á la idea de la virtud sincera, la niegan decididamente por que no la comprenden: juzgan todas sus manifestaciones como hipocresía ó fanatismo, y cubren de befa y escarnio á todas las personas piadosas, llegando muchas veces hasta herir la honra de personas por mil títulos respetables y por todos respetadas.

No creen posible que alguien sea capaz de sacrificarse por amor á Dios y á la humanidad. Desconocen las íntimas satisfacciones que produce la práctica del bien, porque no la aman sino la odian; y así viven y á veces mueren, maldiciendo la obra del Creador sobre la tierra.

Hé aquí lo que es la terrible enfermedad de la clerofobia.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

Ant Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, OCTUBRE 22 DE 1892.

NUM. 20.

SECCION I.

S. C. DE RITOS.

I.

Los Sacerdotes, doctores en teología y otras facultades, no pueden portar el anillo en las funciones Eclesiásticas.

Eme Domine.

Sacerdos N..... ad genua Eminentiae Vestrae provolutus, dubia quae sequuntur exponit, et responsum tanquam a Deo expectat.

I. Laureati in sacra Theologia, jure canonico et philosophia, in Academia romana S. Thomae Aquinatis, possuntne annulum deferre in sacris functionibus, et praesertim in celebratione sacrosancti sacrificii missae?—Vel hic mos fere communis abusus potius est dicendus?

II. Beneficiati, canonici, et parochi fere omnes in sacris functionibus et in celebratione sacrosancti missae sacrificii annulum deferunt. Possuntne? Vel abusus est hic mos, ideoque delendus?

Esta consulta, hecha por un sacerdote Neapolitano al Cardenal Sanfelice, dirigiéndola á la Sagrada Congregación, ella contestó:

Huic sacrae Rituum Congregationi ex-

hibita nuper fuerunt dubia quae in annexo folio continentur. Quum vero sacerdotibus laureatis haudquaquam licitum sit annulum deferre in sacro peragendo aliisque sacris functionibus, uti Eminentiae Vrae probe compertum est, sacra eadem Congregatio opportunum censuit ejusmodi dubia Eminentiae Vrae remittere, ut ipsa quemvis in re abusum, si vere irrepperit, in ista archidioecesi Neapolitana prorsus tollere satagat.—Quod dum Eminentiae Vrae significo, Eadem manus humillime deosculor.—Romae, die 12 februarii 1892, Em V. hum obseq, famulus.

Card. Aloisi-Masella, Praef.—Vincenz Nussi, Secretarius.

II.

URGELLEN.

Lugar que debe ocupar el Subdiacono en misas pontificales al agnus, últimas abluciones, etc.

De mandato Rmi Episcopi Urgellensis, hodiernus Magister caeremoniarum in cathedrali eadem ecclesia Urgellensi, insequentia dubia sacrae Rituum Congregationi pro opportuna resolutione humillime subjecit, nimirum:

Dubium I. An subdiaconus in missa pontificali ascendere debeat ad dexteram diaconi in cornu epistolae tum ad recitandum simul cum pontifice Agnus Dei, tum ad aquam infundendam dum pontifex se